

ción muy sostenida y uniforme conduce al atrofiamento. Para vivir bien, para llevar una existencia racional y gustosa y bella, deberíamos poder y saber y querer hacer y disfrutar de todo, según la evolución natural e incesante de nuestros apetitos. Somos infelices, entre otras causas, porque no renovamos las emociones; porque, a fuerza de golpear siempre sobre un mismo punto, se nos encallece y anestesia la sensibilidad. El furor industrialista y mercantilista de nuestros días nos ha llevado a la subdivisión extremada del trabajo, a la más unilateral sencillez de las faenas, lo cual resulta horriblemente depresivo y desalentador. Así el ser humano se convierte a perpetuidad en un engranaje más del insensible e inconsciente mecanismo industrial.

Muy pocas mecanizaciones hay para mí tan tristes como las grotescas y enmohecidas chirigotas de los payasos. La gracia, para serlo de veras, necesita de la vivacidad y de la frescura, y sobre todo, de la espontaneidad. La gracia llena de afeites y de ropajes es una gracia fría, incolora e insípida. El chiste mejor es el que se forma sin pretenderlo ni saberlo. Los payasos, con su cara tan empolvada, me sugieren la sensación de cadáveres galvanizados, que se burlan de sí mismos; sus muecas son apenantes, sus contorsiones son fúnebres.

Hay llantos que me invitan a reír, y risas que me producen dolor. Entre tales risas, ocupan lugar saliente las de los payasos. Pocas cosas encuentro tan amargas, en este Mundo de paradojas y desconciertos, como reír por oficio. Aparte de que los payasos, que son hombres como los demás, pueden verse y se ven copiosas veces en el duro aprieto de tener que risotear por fuera y gemir por dentro; el solo hecho de haber de reír sistemática y obligadamente, con el fin de provocar la hilaridad ajena, es ya sobrado motivo de pesadumbre para toda persona reflexiva. Quien piensa, no puede reír por la única circunstancia de ver reír; necesitará profundizar bastante más. La risa, si ha de contener algún valor, ha de ser flor de naturalidad.

Los payasos pueden alegrar a los niños, corazones ingenuos y mentes crédulas, que no analizan, que no están en el secreto, que sólo entienden de figuras, de síntesis externas, de tangibles efectos. Mas los seres penetrativos, cultos, evolucionados, mucho dudo que logren deleitarse de veras con los decires de los payasos.

Una prueba de la suma falta que nos hace progresar en los órdenes moral y social, la encuentro en la perdurabilidad de los payasos. Conservar como una profesión la risa preparada y artificiosa; permitir que algunos de nuestros semejantes hayan de pasar, un día y otro, por el trance agobiador de tener que reír sin ganas, de tener que fingir buen humor, me parece una demostración de la imperfección humana, exteriorizada principalmente a través de la crueldad. Las generaciones futuras se asombrarán de seguro y nos compadecerán, al saber que, en medio de un prodigioso adelanto industrial y científico, persistimos con terquedad insensata en el atraso de mirar indiferentes o complacidos la tortura de los payasos; esos infelices hermanos nuestros, a quienes se suele considerar injustamente desprovistos de sentimientos y de ideas, y a quienes empujamos con violencia hacia el tempestuoso dilema de no comer o de simular jocosidad.

Del circo, me gustan las mujeres que, marcando con un bien ceñido traje de vivos colores la euritmia de sus mágicas líneas, efectúan juegos de gallardía y desenvoltura, encima de caballos ágiles y briosos. Me gustan también, aunque no tanto, los acróbatas y los malabaristas y los equilibristas, siempre que no arriesguen su existencia. Pero los payasos me saturan de desconuelo, sin que lo quiera ni lo note. Sus bufonadas estimulan mi pensamiento. En su presencia, he de meditar a pesar de todo. Por lo tanto yo, amigo perseverante del ahondamiento analítico, acabo siempre por encontrar más triste la faz de los payasos que la de los sentenciados a muerte.

Esforcémonos por abolir los payasos, y habremos suprimido un abundante número de tormentos, elevando así notablemente el sentir y el pensar de la Humanidad.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO.

El último grado de perversidad consiste en escudarse con las leyes para cometer injusticias. *Voltaire.*

Ocasiones hay en que el punto más encumbrado del Mundo es un cadalso. *Lamartine.*

Las mejores frutas son las que han sido picadas por los pájaros; los hombres más de bien son aquellos en quienes se ha cebado la calumnia. *Pope.*